



CRONICAS DE UNA REFORMA VIRTUAL

Por: León Sanjuán

1. LA INSTALACION DEL COMITE

Para la primera reunión se convocó a nueve profesores de la Facultad de ingeniería y Tecnología (FIT). Sólo asistieron seis, uno se excusó para la primera sesión. Con el fin darle mayor relevancia al acto se anunció que sería instalada por el rector de la Universidad y que se llevaría a cabo en el salón máximo de reuniones de la institución: un amplio salón rodeado de los retratos al óleo de aquellos que habían sido rectores. Al centro del salón se hallaba una gran mesa octodecagonal en donde fueron tomando asiento a medida que llegaban los profesores convocados. Un observador comentó después que parecía predominar una especie de curioso algoritmo en la selección del puesto que cada uno de los asistentes tomaba. El primero, por supuesto, lo hacía al azar. El segundo se colocaba en el lado opuesto de donde se encontraba el primero y de allí en adelante parecía que el recién llegado calculaba el centro de gravedad de los asistentes para colocarse en el sitio más distante de éste. No parecían muy amigos estos profesores invitados, lo que tal vez no extrañaría a nadie que conociese las difíciles relaciones que se dan entre los individuos dedicados a la ingeniería y la tecnología.

En la primera reunión, porque poco a poco estas condiciones se fueron modificando, una vez que los asistentes habían seleccionado su puesto, se sumergían en la lectura de sus propios papeles y

preocupaciones, mientras esperaban la llegada del rector. Miraban el reloj con impaciencia y leían y releían, tratando de encontrar escondidas motivaciones, en el memorando de invitación que les había llegado uno o dos días antes. El memorando, valga la verdad, no tenía ningún misterio. En primer lugar habría que sospechar que estaba redactado por el coordinador de la comisión, un funcionario académico celebre en la Universidad por la economía de palabras. En varias ocasiones les repetía a sus asesores que si un problema no puede ser redactado en "media página - tamaño oficio - estilo wordperfect", entonces el redactor era más que menos un incompetente que debería asistir con urgencia a uno de los talleres de síntesis argumentativa que afortunadamente se estaban llevando a cabo en la institución. A tal grado había llevado esta preocupación que se le conocía con el remoquete de "infoman", lo cual daba cuenta de su afición por los computadores, por la velocidad y por la brevedad. Condiciones que por otro lado le habían permitido disfrutar de notables ascensos. Era evidente que este funcionario tenía altas aspiraciones burocráticas.

El memorando daba cuenta del interés de las directivas de la Universidad sobre una profunda reforma en los estudios de la FIT. Nada nuevo. Se había hablado mucho de eso desde hacia varios años y todos aquellos que tenían alguna fa-



miliaridad con la Facultad estaban más o menos de acuerdo. Algunos empleaban adjetivos que indicaban la urgencia con la cual el problema debería resolverse. El rector calificaba esta reforma como “inaplazable”; la sociedad local de ingenieros la calificó en su reunión bianual como “prioritaria”; en un editorial de un periódico de la ciudad se calificó de “inobjetable y primordial”; un directivo celebre por su conservadurismo y moderación la calificó de “conveniente”, y hace unas pocas semanas un profesor norteamericano, en una visita de evaluación a un proyecto de doctorado anunció en su informe final que una reforma para la Facultad era “absolutly compelling”, lo cual convenció a los pocos escépticos que quedaban. No había lugar por lo tanto a misterios ni a posiciones escondidas. El hecho estaba planteado desde hacia varios años. A pesar de esto predominaba en la reunión un cierto ambiente de tensión y de enojosa expectativa que se acrecentaba con la demora de la llegada del rector para su instalación.

El coordinador llegó casi corriendo, veinticinco minutos después de la hora de convocatoria. Excusó al rector quién se encontraba en una reunión urgente en otro sitio de la ciudad y dio comienzo a la reunión. Después de un corto saludo protocolario, abordó el tema.

Explicó en términos generales que se había citado a esta comisión para que se pensara en una reforma de la FIT. Las directivas universitarias estaban comprometidas en un cambio de las estructuras académicas y administrativas y esperaban la concurrencia del cuerpo profesoral en este propósito. Se refirió luego, a los diferentes reglamentos y acuerdos a que se había llegado: El acuerdo curricular fue descrito en términos de flexibilidad y formación integral. El acuerdo sobre investigaciones como una posibilidad de emplear importantes recursos para la conformación de grupos y de institutos universitarios. Se refirió luego al acuerdo administrativo, en el cual se enfatizaba en la descentralización de funcio-

nes y asignación de presupuestos. Las facultades estaban acomodándose a estos nuevos planteamientos; buen ejemplo de ello eran las reformas en marcha de la Facultad de Artes y Humanidades. Estaba sin embargo la pesada Facultad de Ingeniería y Tecnología, la más grande de la Universidad en todo, en número de estudiantes, en programas, en profesores y en recursos financieros. Cualquier reforma que se hiciera en la Universidad sería trunca si no tocaba en profundidad la FIT. Allí estaba el reto. Proponer un proyecto de reforma coherente con los acuerdos establecidos y hacerlo pronto.

Una vez el coordinador terminó su presentación reinó un silencio tenso en la sala. Algo así como dos minutos. Un inmenso lapso de tiempo en una comunidad que se supone parladora y para la cual siempre se debe controlar el uso de la palabra. El coordinador impaciente anunció:

- Bueno, vamos, alguien tendrá algún comentario.

Alguno de los asistentes, que tomaba notas con acuciosidad intervino por fin:

- Sr. coordinador, le pondremos a esta reforma, la “r” con mayúscula o con minúscula ?.

No era por supuesto el tipo de intervenciones que esperaba el coordinador. Estaba esperando en el refuerzo de sus argumentos, mejor aún, en una aprobación franca de los acuerdos que se habían mencionado en la reunión y particularmente en aquellos en los que él había participado. Indudablemente lo que él esperaba era que los asistentes se declararan completamente de acuerdo y lanzaran una propuesta típicamente subordinada :

- Totalmente de acuerdo. ¿ Ahora qué es lo que se debe hacer ?.

En vez de eso, uno de los asistentes diferente a aquel que lanzó la cuestión de la r mayúscula o minúscula, especuló sobre el tema. Explicó que el término “Reforma” se refiere por lo general a



un movimiento religioso que existió a principios del Siglo XVI, el cual tuvo como resultado una escisión de la Iglesia Católica y la aparición del Protestantismo. La nueva Iglesia cuestionó la autoridad del Papa, y del santoral de la antigua Iglesia; como si esto fuera poco, promovió una nueva forma de interpretación de las Escrituras. Este movimiento, tuvo inmensas consecuencias políticas y culturales. Europa ya no fue la misma después de la Reforma. Apoyada en la invención de la imprenta, la cual había ocurrido unos pocos años atrás, la Reforma dio lugar a un florecimiento de las ideas. Si a la Biblia le cabían múltiples interpretaciones, y habría que pensar en un nuevo orden político y religioso, entonces se abrían caminos insospechados para la imaginación. El proyecto de descifrar las Escrituras, el inevitable regreso a las lenguas vernáculas para indagar sobre visiones inéditas de Dios y del Universo, unidos al propósito mundano, nunca olvidado por el hombre, de armar nuevas estructuras de poder, dio lugar a un enriquecimiento de la cultura. A pesar de haber transcurrido más de cinco siglos, el hombre no ha perdido la referencia de la Reforma.

La reunión empezaba a calentarse. El coordinador objetó que la convocatoria no se había hecho para discutir eventos de la Historia Universal, sino para plantear las bases de un cambio profundo en la FIT. Que se atuvieran los asistentes a los objetivos de la reunión. Aludió al buen trabajo que se había hecho en la Facultad de Ciencias Médicas y de la Salud. Allí sí que se había hecho un diagnóstico rápido y acertado. En tres sesiones se había elaborado un borrador del proyecto y estaba a punto de ser aprobado por el consejo. Los médicos habían tomado la delantera. Era hora que los ingenieros despertaran del letargo en que habían estado sumidos durante tantos años y respondieran a las necesidades apremiantes que estaban planteadas en la reforma académica. Lo dijo otra vez, mencionó la palabra "reforma". Su sentido pragmático le advirtió que debería ser más cuidadoso en lo suce-

sivo. Por esta vez tendría que aguantar lo que se venía.

- El señor coordinador tiene mucha prisa. Desea una operación aséptica, sin sangre y con paciente ambulatorio. Pero no se ha referido a los aspectos que han sido planteados sobre la naturaleza de la reforma.

Había intervenido otra vez el profesor Chacón. Levantando un poco la voz dio rienda suelta a su vehemencia.

- No se ha aclarado cuál es el Papa cuya autoridad deberíamos cuestionar. De lejos está que no es el señor coordinador. Me parece que no es tampoco el señor decano. El señor rector, tal vez. Pero él es el proponente de la reforma. Y si fuera un ente abstracto sería algo así como la sociedad colombiana de ingenieros. Podría ser. Y cuáles serían las Escrituras. No me diga señor coordinador que serían las actas del consejo de la Facultad de Ingeniería y Tecnología. O el estatuto de la Facultad (se refería a un escrito pulcramente editado, que el decano había elaborado con motivo de su elección y que había intitulado "Una Facultad que mira al año 2000", pero que en opinión de Chacón era una insulsa propuesta que no miraba ni al presente, ni al pasado, y mucho menos al futuro) y cuál sería la escisión: Una nueva Facultad de Ingeniería por fuera de la Universidad, acaso, y cuáles serían las lenguas vernáculas, que permitirían una nueva interpretación de la ingeniería en el país; no me diga señor coordinador que serían: la planeación estratégica y el control de calidad total o los sistemas de información gerencial y cómo serían las nuevas estructuras de poder, aquellas que se derivan del neoliberalismo tan en boga en estos tiempos. Y cuál sería el enriquecimiento de ...

El coordinador lo paró. Argumentó que con ofensas personales no se llegaría a ninguna reforma. Ni con mayúsculas ni con minúsculas. Solicitó sensatez y racionalidad. Tratando de cuestionar



a Chacón se refirió a un célebre maestro de la Facultad de ciencias médicas, “quién tenía todos los años del mundo”, que había hecho un “mea culpa” en la última reunión y había logrado convencer a sus colegas mostrando como la profesión de médico se había desviado de sus objetivos sociales y se había convertido en una rueda suelta del “capitalismo salvaje”. Esos si son aportes para un cambio, concluyó.

La convocatoria tomaba un mal curso en opinión del coordinador. Para sus adentros se había dado cuenta de que había sido un error involucrar a Chacón, el cual había ganado alguna ascendencia en la reunión. “Puro ruido” pensaba el coordinador, quién estaba al tanto de algunos términos informáticos, como que había armado un grupo de ingenieros y técnicos que estaban comprometidos en un proyecto de modernización en la Universidad en redes y computadores. El pro-

yecto marchaba muy bien. Había seleccionado con acierto a los componentes del grupo y ya se estaban viendo los resultados. Pensaba que así como se podía llevar un proyecto de informática se podía llevar también el proyecto de reforma de la FIT. Pero entonces los Chacón estorbaban. A Dios gracias no se le había ocurrido meter a ningún Chacón en su querido grupo de Informática. Salió de la reunión preocupado y así se lo manifestó al rector por la tarde cuando éste le inquirió sobre los resultados :

- No hay nada peor que un ingeniero que se cree filósofo. Se convierten en un verdadero estorbo. Creo que debemos repasar la composición de ese comité si queremos seguir adelante con la reforma.

2. EL CONTROVERTIDO Y ALGO AMARGADO PROFESOR CHACON

El coordinador podría tener razón en la inconveniencia de haber seleccionado para el comité de la reforma a varios de los profesores que fueron citados. En particular con Chacón se había cometido un error. A primera vista podría clasificarse como un hombre profundamente pesimista. Sus antecedentes académicos y sus vivencias en la Universidad no garantizaban que se pudiese con su concurso realizar alguna modificación importante, menos aún, una reforma como la que se había propuesto. No, y que esto quede claro, por falta de competencia sino a causa de ese espíritu contradictorio y a veces confuso que manifestaba este profesor, que podría clasificarse como un reducto de la generación de los setenta que nunca pudo ingresar de una manera efectiva en el espíritu ingenieril de la época. Su vida profesional había transcurrido con ingenieros y profesores de ingeniería, pero en su vida privada y aún en sus clases los criticaba

con dureza, a veces con villanía. Se había ganado la enemistad de todos los directivos de la Facultad durante el ejercicio de su cargo. Desafortunadamente por razones de tiempo de servicio no era un buen candidato para una próxima jubilación. En realidad Chacón era mucho más que un jubilado potencial.

Había estudiado ingeniería en la Universidad de Antioquia. Durante los primeros años de su carrera se dedicó al estudio de la mecánica de materiales y de fluidos, disciplinas para las cuales, en un período breve y tras un estudio intenso, se convirtió en un verdadero experto. Sus compañeros de la época aún recuerdan la profundidad con la cual manejaba los argumentos físicos y matemáticos que sustentan la mecánica de fluidos. Luego, le sobrevino el germen de la política, pero no exactamente el de la política partidista, sino una extraña combinación de política y lite-



ratura. Tuvo la mala suerte de aficionarse a Sartre, a Kafka y a otros autores por el estilo. Sus impacientes compañeros le habían advertido que se estaba convirtiendo en un «anarquista de escritorio» puesto que su participación en la lucha política era prácticamente nula. Sólo se le escuchaba en reuniones de cafetería con amigos y en la bohemia que se había instalado a dos cuadras de la Universidad y a la cual concurrían profesores y estudiantes de disciplinas diferentes a la ingeniería. Allí tal vez realizó ese tránsito ambiguo y prematuro de intereses. Por un lado abandonó ese interés vital que había mostrado por la mecánica de fluidos e hidráulica durante su carrera y por otro lado adoptó, pero, no con demasiada fuerza, los valores que se manejaban en la bohemia y en sus lecturas. Sus años finales de la Universidad y un buen trecho de su actividad docente las realizó transitando por esos dos estados. La hidráulica y la extraña combinación de política-literatura.

Chacón realizó otras transiciones. Pronto, poco antes de salir de la Universidad adquirió el status de casado. Llegó pues a la FIT casado, con unos aceptables conocimientos de mecánica de fluidos y con una intensa confusión existencial. Allí fue recibido, por supuesto, por su pericia en el manejo de la mecánica de fluidos. Nada se dijo en las reuniones de profesores, que decidirían sobre su ingreso, de sus confusiones acerca de Sartre y Kafka. Ni siquiera sabían que se había casado y que su matrimonio ya empezaba a transcurrir tormentosamente como le ocurriría a cualquier típico personaje de Dostowieski, otro de sus autores preferidos. A los dos años de haber contraído Chacón adquirió el status de separado. Fue una de las tragedias de su vida. Por dos razones: amaba aún a su mujer y adoraba a su hijo. Pocos saben de las dificultades de Chacón para superar este trance. Se vinculó con la bohemia caleña, un poquito más aguerdientosa y rumbera - con un predominio a la salsa a la cual no se pudo nunca acomodar - y con menor alcance intelectual que la de Medellín. Allí en am-

bientes propicios adquirió nuevos hábitos. Durante los meses que siguieron a su separación fumó de todo: polvos grises, blancuzcos, azulosos y experimento con todo tipo de mezclas líquidas y sólidas. Conoció por fin los prostíbulos de Cali en los cuales erosionó durante un buen tiempo su modesto salario. Soportó con estoicismo el embargo a que fue sometido por su antigua mujer y a una seria amonestación del decano de la FIT cuando abandonó sus clases y deberes académicos por motivos extra-académicos durante dos semanas. Se calmaría durante algunos meses para luego continuar con sus andadas en la medida que se lo permitieron sus recortados ingresos. Fueron varios años de turbulencia, para usar una analogía de su hermosa disciplina. Muchos años turbulentos y pocos años laminares.

En sus relativamente pocos momentos de calma Chacón realizó un trabajo intelectual que de ninguna manera podría descalificarse. Tenía cazada una pelea sorda e interna con los autores estadounidenses de textos universitarios en mecánica de fluidos. En particular cuestionaba a Thompson, el libro más popular desde hace dos décadas en el tema. Según Chacón este famoso autor había convertido la mecánica de fluidos en un recetario estilo «handbook» y la había despojado de sus fundamentos científicos e históricos. Chacón emprendió un proyecto que sabía le tomaría varios años, el cual aún no ha concluido y ya no concluirá, por lo menos, eso fue lo que anunció en su reunión de amigos hace unos pocos días, algo chispón, ante la protesta de todos. Hay que aceptar que el proyecto en realidad es muy complicado, pero es lo que corresponde a un lector de Kafka.

Ni el mismo Chacón precisa cuando fue, si en una borrachera, o si lo leyó en algún sitio, o si alguien le sugirió su vinculación en un proyecto que sería motivo de alegrías pero también de grandes dificultades, contratiempos y conflictos. La idea era reconstruir la historia de la mecánica de fluidos desde la prehistoria hasta los desarro-



llos tecnológicos modernos, culminando con las teorías de turbulencias y remolinos propias de estos años como es, por ejemplo, el concepto de caos en la modelación matemática. Un proyecto a lo Darcy de Ribeiro, cuyo libro «El proceso civilizatorio» leyó y posiblemente malentendió. Pero le quedó de allí ese sabor sartriano de la ética del esfuerzo: el plantearse grandes preguntas, no importa que los resultados se encuentren mucho más alejados que a la vuelta de la esquina. Chacón se ideó una estrategia para llevarlo adelante. En primer lugar abandonaría la posición magistral implícita en la tecnología educativa y en los textos vigentes. Trabajaría en forma paralela en la construcción de un laboratorio-museo de prácticas hidráulicas y en una serie de publicaciones de diversa índole. Pensaba también en los estudiantes de bachillerato, particularmente en aquellos que viven en las riveras de los ríos y en las regiones costeras. En sus buenos momentos a Chacón le encantaba sentirse ingeniero, historiador, restaurador, artesano, y por supuesto, educador e innovador. Quería serlo todo. A lo único que se negaba era a comunicarse con los directivos de la FIT y en general con cualquier funcionario que tuviese en su oficio el de asignar fondos para proyectos académicos, por ejemplo, los funcionarios del Instituto Colombiano para la Sistematización y Homogeneización de la ciencia (COLCHA). Había desarrollado una alergia burocrática real. Cada vez que tenía que subir al cuarto piso de la FIT, en donde tenían asiento los decanos y demás funcionarios empezaba a estornudar y desde allí se iniciaba ese proceso gripal en sus delicados bronquios por los cuales había pasado tanto humo.

- En mi curso los estudiantes deben intentar volar, no importa que se estrellen debido a su impericia. Ya vendrán dos o más cursos de diseño donde aterricen. Y bien aterrizados quedaran con los profesores que tendrán.

Con esta frase por demás malvada dio comienzo

a la iniciación de su programa. Cada semana les presentaba por escrito a sus estudiantes una introducción al problema - intentaba siempre ser cuidadoso y original en la escritura - y una bibliografía comentada y de fácil acceso. Discutía la introducción con sus estudiantes e intentaba acercarse al momento histórico para el cual estaba planteado el problema. Siempre procuraba realizar un inventario de los conocimientos matemáticos, físicos y de ingeniería del momento y disvariaba y se perdía hablando de lo social. A mitad de semestre se dio cuenta de que no hacía sino trabajar para ese curso. Por cada hora de clase empleaba cerca de diez horas en preparación, en escritura y en especulación. Eso no estaba mal, lo único grave era que los estudiantes que en un comienzo se entusiasmaron con el curso, empezaron a aburrirse y a no encontrarle mucho sentido a las ideas chaconianas y fue entonces cuando se inició el proceso de crítica de las «extravagantes presentaciones del profesor Chacón», proceso en el cual participaron colegas y directivos de la FIT. En un momento del semestre en el cual el estudiante puede cancelar o matricularse en un curso paralelo, los estudiantes se retiraron en masa - sólo quedaron tres - y optaron por un curso donde el profesor respectivo con mucho éxito desarrollaba con comodidad y a cabalidad el libro de Thompson.

Ah !. Que malos momentos pasó el profesor Chacón. Para colmo de sus desdichas, recibió una evaluación peyorativa de su proyecto de museo-laboratorio de un afamado colega de la Universidad Nacional en Bogotá. En medio de una suficiencia típicamente bogotana, lo tildó de confuso y proponente de un proyecto «donde brotan las emociones como un río y la sensatez fluye por un conducto de 1/2 pulgada». En esta época todos: los estudiantes, colegas y directivos se comportaron muy críticamente con el profesor Chacón, lo cual, se puede pensar, habría podido ser entendido por un buen lector de Kafka y de Sartre. Ni más faltaba que a un profesor le estuviesen felicitando y condecorando,



más bien se trataba de lo contrario, el de establecer amplios espacios de lucha. Con las caídas de ánimo y los largos abandonos Chacón demostró que no había alcanzado aún una posición intelectual seria y que muchas de sus lecturas habían sido en vano.

Sería prolijo describir la evolución de Chacón en la Facultad, sus picos emocionales y depresivos, sus épocas de empeño en construir un espacio intelectual en ingeniería más apropiado para un país subdesarrollado y sus frecuentes momentos de retirada. Sólo cabría añadir que en la época en que se realizó la convocatoria, Chacón pasaba por un buen momento. Estaba a punto de cul-

minar su libro sobre «Recursos hídricos y subdesarrollo», una serie de diez artículos que había preparado durante varios años, algunos de los cuales habían sido publicados en una revista inglesa del medio ambiente, gracias a los buenos oficios de uno de los tres discípulos que permanecieron con él durante su curso de arranque a la nueva forma de ver la mecánica de fluidos. Este antiguo estudiante había traducido el trabajo de su profesor y lo había dado a conocer, con sus comentarios, en su programa de doctorado. No todo había sido en vano en la vida agitada de este profesor.

3. EL PROFESOR RUIZ MARTINEZ BURGUESIA E INGENIERIA

Convocar al profesor Alejandro Ruiz Martínez; Ms. Sc.; Ph.D.; Sc.D.; era una decisión inevitable. Su participación era prácticamente un derecho natural. Se requería con urgencia su contribución a la discusión que se llevaría a cabo en el comité de la reforma de la Facultad de Ingeniería y Tecnología (FIT). No sólo era un profesor veterano de la Facultad sino que era además un hombre cosmopolita. La mayor parte de los profesores de la Facultad eran hombres-cubículo; en cambio, Ruiz tenía el gesto del conocedor del mundo. Poseía roce nacional e internacional. Cada vez que venía una comisión de profesores o ingenieros extranjeros a visitar por alguna razón la FIT, el decano invitaba a Ruiz que con su fluidez en el inglés y francés y su conocimiento panorámico de la tecnología y de los negocios internacionales mostraba una facultad desparpajada y bien situada en el mundo académico. El decano se regocijaba cuando hacia reír a carcajadas a los visitantes, aunque él no entendía muy bien los chistes a causa de su defectuoso inglés. Como si esto no fuera una razón sufi-

ciente, era amigo del coordinador. Bueno; no era un amigo entrañable. Existían ciertos roces, y cierto tipo de intereses cruzados que no eran perfectamente compatibles. En lo fundamental se respetaban y se temían. Ambos habían aterrizado en el mundo académico-financiero después de varios años, pero, provenían de diferentes disciplinas. El coordinador venía de las ciencias económicas y Ruiz, claro está, venía de la ingeniería.

Tenía con el coordinador diferencias, que si se ponían en la mesa de discusiones podrían resultar conflictivas. Ambos eran, sin embargo, como buenos representantes del mundo financiero, académico y colombiano, pragmáticos. Por lo que respecta a Ruiz, entendía las diferencias como cuestiones sin mucha importancia; nunca sintió al coordinador como un adversario; en cambio el coordinador podría tener más preocupaciones al respecto. Una de ellas, la más importante, consistía, según creía, en el protagonismo en que se envolvía Ruiz en sus actuaciones públicas. El



coordinador tenía la idea, que mantenía en cierta reserva - sólo la discutió una vez con el rector - que buscaba siempre una ventaja especial, una gabela, un viaje al exterior con gastos pagos, una distinción, una descarga de sus cursos o un sobrepago o algo similar. Temía además que si el proyecto de reforma funcionaba, entonces se mostraría como el ideólogo del proceso y si fracasaba, tomaría las de Villadiego. Pero esas eran ideas que el coordinador espantaba de su cabeza, pensando más bien en las contribuciones que podría hacer un profesor de las calidades de Ruiz. Además estaba clarísimo para él que en este punto no había lugar a ninguna vacilación, la comunidad universitaria reclamaba a Ruiz, este debía ser convocado. Más aún, ya sabía quién le remplazaría en el caso de no estar a la altura en el comité de la reforma. Además se había puesto a sonar el nombre de Ruiz como próximo decano de la Facultad.

El principal punto de convergencia entre Ruiz y el coordinador, discutido y tácitamente entendido, con un cierto aire de complicidad, estribaba en el problema o como le llamaba Ruiz: el «desastre de la universidad fría», del desempeño profesoral. Si se requería una reforma de la FIT, lo primero que había que hacer era transformar al profesor universitario en ingeniería y tecnología. En la última década habían ocurrido intensos fenómenos de transformación social y tecnológico; uno de ellos el más importante y feliz, consistía en la aceptación universal - a excepción de los que aún se mantenían en la guerra fría - de que el Estado no se podía constituir como el sujeto central alrededor del cual habría que organizar y dirigir la actividad académica. El profesor de la FIT no había entendido ese profundo proceso de cambio y todavía se comportaba como el burócrata que espera recibir sus salarios y todo del Estado, sin preocupaciones serias acerca de su eficiencia y de su eficacia. Se asemejaba a una rueda suelta en el profundo desorden que caracterizaba la FIT. Todo el mundo hacía lo que le venía en gana. No existía, según

Ruiz, un mínimo criterio de empresa. Hasta el cuerpo directivo de la Facultad parecía extraviado; se sabía que trabajaban hasta altas horas de la noche, pero, no se sabía para quién o por qué. Ruiz pensaba, y lo decía a sus pocos amigos, que debían estar conspirando contra el rector y el coordinador, puesto que no se explicaba en qué gastaban tanto tiempo y esfuerzo. Los procedimientos de control y evaluación se habían degradado a tal punto que se habían convertido en rey de burlas. No se sabía cuáles eran los compromisos de los colegas de un mismo departamento o sección. Ruiz conocía un término sociológico que empleaba en sus conversaciones con el coordinador; decía que la FIT sufría de *anomia*; insistía en que estaba anomizada, que no tenía objetivos claros ni orientaciones precisas. Todo esto lo decía confiando en sus teorías de la empresa moderna, cuyas concepciones se debían revisar en la reforma. La FIT no era solamente una empresa, pero cómo le faltaba tener ese sentido. Creía haber reflexionado sobre este punto, puesto que había escrito dos artículos que habían sido acogidos y elogiados en una revista de una universidad privada. Sabía sin embargo, que la sola mención de empresa como una concepción de la FIT les pondría los pelos de punta a aquellos retóricos y quejosos profesores veteranos que no habían podido abandonar la idea de su felizmente frustrada revolución. La revolución que estaba por hacer era cambiar esas posiciones anarquistas y pendencieras que alimentaban el ánimo de un grupo grande de docentes. Creía tener los argumentos para convencer e ilustrar acerca del camino a seguir particularmente con los profesores jóvenes y frescos. Con los viejos y resabiados nadie podría hacer nada, sólo esperar a que se jubilaran, ojalá, forzados por la ley.

En honor a la verdad, Ruiz era un profesor distinguido. Sólo bastaba mirar su hoja de vida (en realidad era un cuadernillo, casi un libro, con sus correspondientes capítulos: educación, actividades académicas, actividades profesionales, libros



(4), artículos (78), profesor visitante (4), asesorías y consultorías (25), conferencista internacional (18), - tal vez, por no parecerle importante omitía las conferencias nacionales - honores y condecoraciones recibidas (5), Idiomas: Inglés, francés y lectura en alemán, Aficiones: Fue un excelente basquetbolista, y en los EE. UU. se convirtió en un apasionado del golf. En fin tenía una hoja de vida espléndida y lo mejor de todo es que no tenía vicio alguno.

Fue el mejor estudiante en el bachillerato en el colegio inglés de la ciudad, obtuvo el primer puesto en el examen de ingreso a la Facultad, el cual supo conservar hasta el final de su carrera. Tenía asegurada su plaza como profesor de la FIT desde el cuarto año. Una vez terminada su brillante carrera como ingeniero mecánico y después de una corta estancia en la FIT, como profesor, gozó durante cuatro años de una beca de doctorado en una importante universidad norteamericana. Los colegas de su Departamento, antes de su viaje a los EE. UU., consideraban que Ruiz tenía un futuro promisorio como diseñador de máquinas y de aparatos semi-automáticos que se utilizaban en la industria y en particular en la exploración y refinación petrolera. Combinaba con destreza la mecánica con la electrónica, además de ser muy buen docente.

El hecho de ser un estudiante tan destacado y provenir de una familia aristocrática de la región lo puso en la mira de los grupos de jóvenes revolucionarios de la época. Fue una situación muy incómoda para él y su familia. La afrontó con valor y entereza. Nunca le aceptó a su padre la sugerencia de que se trasladara a la Universidad de los Andes a continuar sus estudios de ingeniería, aunque después reconocería el garrafal error que cometió, pues era precisamente la época en que estaban en la Universidad de los Andes, el próximo presidente Gaviria, Ana Milena y el Dr. Pardo. Conociéndose como se conocía él habría resultado amigo de todos ellos. ! A qué

esplendurosos destinos se había resistido por no acatar la sabia sugerencia de su padre !. Gozaba imaginando, conocer sus dotes de seductor, que si las cosas se hubiesen presentado como lo quería su padre, hubiese podido ser el esposo de Ana Milena.

Algunos participantes de estos grupos, sólo algunos, puesto que siempre hubo gente seria entre ellos, en este caso permisivos, le molestaban y atacaban de manera innoble y grosera. Le pinchaban su carro Renault 12. Le colocaban letreros infamantes en los baños poniendo en duda su virilidad. En una ocasión le colocaron un grafiti en la pared frente a su casa:

*LA UV PARA EL PUEBLO.
FUERA LA OLIGARQUIA*

Muchas situaciones que hoy se presentan en forma anecdótica, ocurrieron con ocasión de este enfrentamiento entre un estudiante destacado de la clase alta de la ciudad (Alta, decía Ruiz puesto que vivía en las colinas del barrio Juanambú) y algunos grupillos de revoltosos, desorganizados y desorientados jóvenes (les faltaba mucho para ser revolucionarios). En la FIT se recuerdan dos, una que es una casi-anécdota institucional, que Ruiz la cuenta con fruición y otra, de la cual Ruiz nunca habla.

La primera ocurrió en los remotos tiempos en que grupos de jóvenes se reunían al calor de las obras de Marx, generalmente muy mal estudiadas y convertidas en 'slogan' revolucionarios, con los cuales pretendían explicarlo todo. Estas reuniones empezaban académicamente, o sea bien, con alguna exposición a cargo de un estudiante serio y responsable. A medida que iba transcurriendo la reunión los estudiantes empezaban a gritar consignas y a ofender a las autoridades universitarias con expresiones de grueso calibre que se oían por todos los salones del primer piso de la Facultad. En una ocasión Ruiz escuchó una consigna particularmente maligna



contra un profesor que él consideraba un excelente maestro y uno de sus mejores amigos en la Facultad. Salió el 'buen' Ruiz a relucir. Se armó de valor y decidió enfrentar al grupo de gritones. Ya sabía cómo hacerlo, puesto que había leído un trabajo en la revista mexicana «Matesis» de un científico de la UNAM que matematizaba (o axiomatizaba mejor) algunas ideas de Marx. Ruiz tenía una formación matemática, que en medio de la frivolidad reinante, algunos consideraban como superior. Se dio pues, a la tarea de preparar su intervención con esmero y se armó de valor para enfrentar lo que él llamaba «la jauría estalinista», epíteto justo para unos grupos y detestable para otros, por ejemplo para un grupo serio y decente, el MOIR, pero por desgracia, eso sí, estalinista.

El público no esperaba que en la reunión se presentara Ruiz como primer expositor. Quedaron confundidos por el atrevimiento. Esto se constituyó en el primer round a su favor. Callados escucharon la exposición que Ruiz iba construyendo en el tablero. Claro que había mucho de teatro en su presentación; los gestos y las palabras habían sido meditados con cuidado. La idea del autor del artículo que Ruiz dramatizó en aquella ocasión, era mostrar cómo los sistemas económicos elementales podían formalizarse mediante definiciones, axiomas y reglas. Una teoría se podía convertir en una serie de proposiciones de los elementos en juego. Entre más complejo fuera un sistema más se resistía a la formalización. Existían sistemas económicos sumamente elementales que se podían describir en pocas líneas de una manera formal. Reprodujo el ejemplo del autor del artículo sobre la combinación de un sistema pastoril con un sistema agrícola incipiente. Aclaró con este ejemplo lo que se considera una teoría económica y una sub-teoría de intercambio. Mostró al explicar este ejercicio orden y una gran capacidad de exposición. El grupo de estudiantes continuaba callado. En el ambiente tenso de la reunión lanzó su carga ofensiva: «En contra de lo que se pudiera pensar los elementos

centrales de la teoría de Marx eran formalizables» y bosquejó una manera de hacerlo. En cambio el capitalismo con todo lo malo que era no resultaba posible formalizarlo. Esta última afirmación la respaldó con una serie de afirmaciones muy confusas, puesto que el mismo Ruiz no las entendía a derechas, planteadas en términos de indecibilidad y de cuestiones muy abstractas. Confiaba, y estaba en lo cierto que el esnobismo de los estudiantes les impidiera decir esa frase elemental: «No entiendo ni un carajo». Los estudiantes continuaban callados, pero, ya se empezaba a sentir la inquietud del grupo. Apreuró entonces la perla que tenía reservada para el final: «Resulta entonces paradójico que el mundo revolucionario intente reducir la complejidad de los sistemas económicos, cuando lo que la historia ha demostrado es que el hombre construye sistemas sociales y económicos de complejidad creciente. Al marxismo le cabría entonces la cualidad de antimarxista, por lo anti-histórico». Después de dar las gracias salió riéndose del salón. Por primera vez los estudiantes no terminaron la reunión a gritos, más bien se vio una inusitada solicitud de libros de teorías y estructuras matemáticas en la Biblioteca Central. El libro más consultado en esa época era el de P. Halmos: «Teoría ingenua de conjuntos».

El otro episodio que se recordaba en la FIT, y del cual Ruiz nunca hablaba, porque evidenciaba al 'mal Ruiz' ocurrió con motivo de unos letreros que le colocaron en los baños de la Facultad. El día que vio el primero salió abrumado por la angustia y la ira. Consistía en una torpe caricatura con un letrero: «bonitón y maricón». En esta ocasión planificó una venganza extra-académica; colocaría en prueba sus artes de seductor. Ya había hecho un buen laboratorio en la hacienda de su padre en donde pasaba vacaciones, y por lo general al final del verano, cuando tranquilo regresaba a la Facultad, dejaba siempre una sencilla chica del lugar sumida en el llanto y en la culpa. Ruiz le dijo una tarde a un amigo mientras veía pasar una manifestación de estudiantes



inconformes que se fijara en una linda joven que iba adelante de la marcha gritando consignas revolucionarias, y que en dos o tres meses ya no estaría en esa actividad. Planificó el asunto como se elabora un proyecto en PERT y CPM (técnicas de ingeniería para elaborar y controlar proyectos), con objetivos y metodología. Después de un intenso y metódico trabajo, la joven fue seducida y el grupo revolucionario al cual pertenecía la joven la purgó del partido. Maltrecha, con embarazo y aborto incluido; amargada, tomó la decisión de vincularse a la guerrilla, para terminar unos pocos meses después muerta en combate.

La experiencia en la universidad norteamericana transformó a Ruiz. Pronto entendió que el diseño de máquinas y de mecanismos automáticos era un oficio depurado y llevado al máximo del arte por los ingenieros norteamericanos. No había nada que hacer allí. Había tomado como área menor de estudios el análisis financiero y la ingeniería económica. Pronto se convirtió en el área mayor. Todos sus esfuerzos desde ese momento se encaminaron a entender la economía de las empresas norteamericanas. Se convirtió en un profundo admirador de la sociedad norteamericana y allí se hubiese quedado de no haber muerto su padre - asediado por la guerrilla y la delincuencia - y tener que tomar la rienda de los negocios familiares.

En la Universidad de Indiana donde Ruiz hizo su postgrado conoció a un científico siberiano exiliado del régimen soviético, especializado en explotación petrolera y medio ambiente. Parece ser que Kish (apellido americanizado de Kyslov) contribuyó en una buena medida a comprobar, a reafirmarse en la absoluta incapacidad del Estado para llevar a cabo una explotación decente de los recursos naturales. Kish había construido una serie de mapas que mostraban el desastre ecológico en las extensas regiones siberianas debido a la explotación descuidada, casi crimi-

nal, de las inmensas reservas petrolíferas. Ruiz pasaba horas enteras en la oficina de Kish admirando el desastre. En cierta manera era un visionario puesto que le decía a Kish que era imposible que un régimen que había causado tanto daño y que cínicamente lo justificaba ante el mundo, pudiera subsistir por mucho tiempo. A pesar del odio de Kish por el régimen, se mostraba escéptico en esta afirmación. Kish además le ilustró sobre el terrible despotismo a que se había sometido su pueblo en la época de Stalin. Su estancia en la Universidad de Indiana y sus conversaciones con Kish y otros colegas y compañeros latinoamericanos trastocaron los sentimientos de Ruiz. El odio que sentía por el comunismo y todas sus manifestaciones tercermundistas evolucionaron a un profundo desprecio.

Sorpresas que da la vida. Cuando regresó a la FIT - esto fue determinante en su carrera - el decano, un antiguo amigo suyo pasaba por un mal momento. Fue testigo presencial de su abrupta salida en medio de un paro estudiantil, con pedreas, muertos, tomas de la Universidad por la policía, denuncias e insultos por doquier y la manifestación radical de anti-nortiamericanismo. Pero, ya no se molestaba. Ni siquiera se molestó cuando escuchaba a los líderes del paro exigir la cancelación de los cursos de inglés por razones de colonialismo. Tampoco se molestó cuando varios de sus colegas le criticaron por haber cambiado de Departamento, y por burlarse de él puesto que había incorporado en su lenguaje un extraño dejo que le hacía aparecer como si estuviese traduciendo del inglés al español con alguna dificultad.

Los cambios que se dieron en la FIT en esas épocas de conflicto político le permitieron aislarse de la dirección política y académica. Buscó nuevos espacios y los encontró en la sociedad caleña que siempre lo tuvo como a uno de sus hijos predilectos. Se convirtió entonces en un experto asesor y consultor de empresarios, administradores y políticos del partido liberal, al



tiempo que le dedicaba a la Universidad lo mínimo posible: dos cursos y direcciones de proyectos de grado. Adquirió una notable capacidad para escribir informes financieros. Podía hacer dos o más al día particularmente cuando empezó a utilizar los procesadores de texto que permitían la comodidad del reciclaje. Todos estos textos, modificados con inteligencia y pragmatismo fueron presentados como trabajos académicos, muchos de ellos como investigaciones, lo cual aceleró su posición académica al tiempo que le produjeron cuantiosos ingresos. Pasó varios años en una especie de ostracismo universitario, hasta que prácticamente sus colegas le olvidaron. Hasta que llegó el gobierno del presidente Gaviria y la instalación en el país y en la región del

neoliberalismo. Llegó por fin el momento donde el presidente, el gobernador, el alcalde, el rector, el decano, casi todos sus colegas, y una inmensa cantidad de estudiantes habían adquirido los valores del neoliberalismo. Le llegó su desquite; se había preparado para ello. Las autoridades académicas de la Universidad empezaron a mirarlo con atención y respeto; pronto los estudiantes lo reconocieron como el mejor profesor de la Facultad. Empezaba a ser reclamado en los innumerables comités de la FIT. Su crítica a la formación de ingenieros de varios años atrás, había por fin calado y sus conjeturas y artículos habían sido cuidadosamente leídas por el coordinador de la reforma.

4. EL PROFESOR PORRAS. LOS TRAVIESOS CAMINOS DE LA INFORMATICA

No se supo quién invitó al profesor Florentino Porras al comité de la reforma. Es posible que no fuera invitado y que hubiese aparecido simplemente por allí. Se pensaba que estaba en el exterior y se recordaba que tenía fama de meterse en todas partes. Su presencia era inevitable en las asambleas, en los simposios; en todo tipo de reuniones académicas y políticas se podía contar con su presencia. Era tal su persistencia que asistía aún a fiestas privadas cuando sospechaba que allí se iban a ventilar temas académicos o políticos. La verdad es que a veces incomodaba, más cuando se trataba de realizar pronunciamientos o establecer conjuras acerca de algún funcionario o directivo de la Universidad. Sus malquerientes decían que tenía un imán que giraba, con muy pequeña inercia, en el mismo sentido en que la autoridad establecida girase. Es posible que se exagerara esta situación y más bien la poca simpatía que despertaba se podría deber a ese sentido egocéntrico que manifestaba cuando intervenía: «yo se lo dije ...»; «... he sido el único que ...»; «.. eso mismo fue

lo que escribí en mi ...»; y tal vez como una consecuencia de esa particularidad, que no lo era tanto en la FIT, el de enfatizar la importancia de sus trabajos académicos en informática.

Había sido uno de los pioneros en la introducción del computador en la educación de ingenieros. Combinó desde el cuarto año de su carrera en ingeniería química en la Universidad Nacional, los reactores químicos y las torres de destilación con los bits y los bytes. Su encuentro con el computador y con la programación Fortran fueron su salvación. Sus compañeros, ya maduros, le recuerdan como un huérfano dentro de todos esos conceptos y cursos absolutamente desorganizados de ingeniería química que se impartían en la Nacional a finales de los años sesenta. Cuando una carrera profesional carece de una orientación social y se convierte en una mala réplica de algún programa norteamericano, los estudiantes de una manera casi instintiva dedican sus esfuerzos a otros campos. En ese sentido la Universidad Nacional le suministraba a los estudiantes



excelentes alternativas. La promoción de ingenieros químicos, la de Porras, aquella que se recibió en 1971, produjo deportistas de primera talla, (un campeón colombiano en salto largo), economistas, matemáticos, administradores y unos pocos ingenieros químicos desorientados. Porras iba por el camino de la total desorientación hasta que descubrió un autor, el profesor Lapidus, y un lenguaje de programación: el FORTRAN (con mayúsculas, como le gustaba escribirlo a él). Sus compañeros, con ese típico sarcasmo bogotano decían que Porras se había fortraneado y desde allí le apodaban como 'subrutina' o 'subprograma', términos desobligantes, que Porras entendía como elogios, tal era su penetración con las nacientes ciencias de la computación a la colombiana. Desde que conoció a Lapidus dejó atrás su huerfanía intelectual y se dedicó con persistencia a buscar los artículos y los programas de Lapidus, que aparecían en el 'Chemical Engineering' y en el 'Chemical Engineering Progress'. Todos los resultados de su actividad académica los presentaba en hojas de computador y mantenía un archivo desmesurado de tarjetas perforadas en su casa. Fue el primero que presentó un proyecto de grado en términos computacionales, el cual fue inmediatamente aprobado, más por ignorancia e indiferencia de sus profesores que por el mérito de sus investigaciones. El encuentro de Porras con los computadores y su relativo éxito en los dos últimos años de la carrera elevaron sus posibilidades de participación y su autoestima. De un estudiante pobre del barrio Quiroga en el Sur de Bogotá, mantenido por su abuela, introvertido y tímido, se convirtió al final de su carrera en un ingeniero pobre, pero con futuro computacional, como él mismo decía, y ligeramente presuntuoso. La Universidad Nacional le había transformado. ¿No es acaso eso lo que deben hacer las universidades ?.

«Todo lo que vale en ingeniería se debe sistematizar», lo había anunciado en una entrevista de ingreso como profesor al recién conformado de-

partamento de sistemas de la Universidad del Valle. Y lo siguió repitiendo durante varios años ante la mirada perpleja y desconfiada de los profesores veteranos que aun no se habían desprendido de su regla de cálculo. Trabajó durante años en la consolidación de los cursos de computadores en ingeniería. Colaboró en la realización de proyectos de grado, cursos electivos, seminarios, siempre y cuando tuviesen como elemento central la utilización del computador. Promovió dentro de sus estudiantes y colegas la utilización de todo tipo de sistemas y métodos que iban apareciendo en el mercado de software. Fue gestor del cambio de computador en la FIT, por un equipo mucho más poderoso que después resultó un fiasco. Con la aparición del microcomputador se propuso instalar los laboratorios de cómputo en la FIT. Logró armar tres salas, lo cual definitivamente popularizó la utilización de los computadores en ingeniería, pero, también mostró su vocación autoritaria.

Admitamos en honor a la discusión, que cuando Porras entró a la FIT como profesor tenía conocimientos y técnicas en ingeniería química y computadores; pero hasta él mismo sospechaba que sus conocimientos en educación eran pobres. Algunos directivos de la Facultad le propusieron que asistiera a los magníficos cursos que se dictaban en el CREED (Centro de recursos para la enseñanza, la educación y la docencia). El profesor Zarama, su director, había iniciado un ciclo de cursillos sobre la tecnología educativa. Estos cursos y su amistad con Zarama y otros profesores del CREED, le abrieron el panorama educativo. En esa época Porras empezó a hablar de su proyecto en educación para ingenieros químicos: SEIQUA (Sistematización de la enseñanza en ingeniería química y sus aplicaciones). Fue el estudiante más destacado que tuvo Zarama en varios años. Su proyecto fue bienvenido y aprobado por las directivas de la FIT. El objetivo, a grandes rasgos de SEIQUA era sistematizar todas las operaciones unitarias de la ingeniería química utilizando métodos numéricos y de si-



mulación. Al estudiante había que proporcionar-le métodos computarizados para aprender. Si a un estudiante le interesaba, la destilación por ejemplo, entonces el programa le permitía que se moviera en una especie de árbol del conocimiento de la destilación. Se presentaba un menú con todos los aspectos técnicos y allí mismo se le evaluaba, de acuerdo a los cánones de la tecnología educativa. Formó con sus estudiantes de tesis, módulos en destilación, absorción, humidificación, cinética y evaporación. Anhelaba agotar la ingeniería química por pura sistematización. Alguna vez gozaba comentando en un Congreso nacional de ingenieros químicos que en su proyecto se habían elaborado cerca de treinta mil líneas de PASCAL (el cual había reemplazado al FORTRAN). Fue el primero que propuso con mucha razón que la elaboración de un programa de computador era una tarea intelectual y por lo tanto acreditable en el Comité de Ascenso Profesorado de la FIT. Con tan vasta producción intelectual fue rápidamente ascendido a profesor titular. Tantos éxitos conseguidos con su trabajo y su estudio le convirtieron en un profesor autoritario. Quería tener bajo su control todos los recursos computacionales de la FIT y todos los trabajos computacionales en ingeniería química. Tantas imposiciones empezaban a molestar a profesores y estudiantes. Se requería con urgencia una comisión de estudios en el exterior para el ilustre profesor Porras.

Sus colegas suspiraron con alivio cuando se hizo merecedor de una beca de estudios por parte del Instituto Colombiano de Sistematización y Homogeneización de la Ciencia (COLCHA) en España durante dos años. Pensaban que allí con nuevas autoridades realizase el giro correspondiente y aventuraron especulaciones acerca de cual sería el nuevo norte que el profesor Porras adoptaría. Posiblemente estas alusiones resultaban exageradas y marcadas más bien por el inno-ble sentimiento de la envidia, más aun si se tenía en cuenta que la beca implicaba una gene-

rosa asistencia económica y un recorrido por varias universidades ibéricas, repartidas por toda la península.

En la Facultad de Informática de la Universidad de Cataluña, Porras tuvo que sortear graves dificultades. Por su afán de gestionar y organizar en la FIT durante tantos años, había refundido su capacidad matemática y se mostraba torpe en la formulación de proyectos y sugerencia de problemas que tuviesen que ver con el aspecto científico en informática. Los españoles habían avanzado en los últimos años. La informática española se había americanizado, a tal extremo que se obligaban a escribir en inglés. Porras tenía dificultad en entender los contenidos matemáticos de los proyectos en inteligencia artificial que los estudiantes de la licenciatura presentaban a final de curso, y no se diga algo sobre los proyectos de doctorado. No pasó mucho tiempo en que los profesores españoles perdieron interés en su participación y le dejaron a su arbitrio. De pronto Florentino Porras se dio cuenta de que estaba solo. Añoraba sus salas de cómputo en donde se reconocía su autoridad incuestionable. En estas condiciones el viaje de estudios le resultaba indispensable.

Leyó un día una intervención del Doctor Carpesit, profesor de ciencias políticas; se trataba de una irónica y severa crítica a la forma como los españoles miraban la informática y una sátira al uso de la «jerga pseudotécnica de los falsos especialistas». Se sentía entre molesto y sorprendido por la fuerza de sus argumentos. Pero estaba solo, podría darse algunas libertades, no tendría que ser consecuente durante el año y medio que le faltaba con nadie. No había decanos ni consejos académicos a quienes debería rendirle informes. Tomó entonces la decisión de acercarse a Carpesit. No sin cierta prevención, puesto que temía encontrarse con un hombre que manejase sus relaciones personales como manejaba su filuda pluma. Nada de eso. Se encontró con un amable profesor, interesadísimo por



Latinoamérica, quien puso a su disposición los escritos políticos y sociales que su centro de estudios había producido en las dos últimas décadas y los trabajos políticos que con relación a la informática se habían hecho en Latinoamérica y que Porras desconocía. Carpesit, además, le mostró la España escondida, el sentimiento catalán, en algunos inolvidables viajes a su pequeña casa de descanso en Puigcerda, cerca de Andorra. Es posible que en compañía del veterano profesor catalán, Porras enrojeciese de vergüenza recordando el trato mezquino al cual sometió a sus colegas y discípulos en esas salas de micros. Le mortificaba, por ejemplo, recordar que había prohibido terminantemente que en las salas de micros se jugase al Chess-master - un juego de ajedrez computarizado - con en el cual Carpesit y varios colegas se recreaban en horas de oficina, en medio de gritos y bromas, sin misterios y sin perversos sentimientos de culpa.

Porras cambió de base. Abandonó la Facultad de Informática y consiguió un pequeño cubículo en el Instituto de Ciencias Políticas. Visitaba las otras universidades españolas contempladas en el programa de viaje, pero procuraba permanecer la mayor parte de su tiempo en Barcelona, bajo la mirada amable e irónica del Dr. Carpesit y en procura de esquivar las miradas maliciosas de los profesores de informática. Allí emborrónó proyectos con ideas poco originales que con un real esfuerzo empezaron a tener algún sentido a medida que transcurría su permanencia en el instituto; se apropió de un léxico político-científico, sufrió por su cortedad de expresión que no le permitía hablar durante más de diez minutos de un tema político e informático delante de un au-

ditorio tan selecto como el que se había establecido en el instituto, y por primera vez en su carrera admitió que había un trasfondo político en la informática que no se podía soslayar. No bastaban los bits y los bytes; ni era posible sistematizar todo lo que era válido en ingeniería. Sintió piedad por sus colegas de la FIT, que no habían caído en cuenta de esos hechos y se propuso perdonar y enseñarles el camino de la verdad. En ese sentido, la cuantiosa inversión hecha por COLCHA en el programa de estudios del profesor Florentino Porras resultó con alta eficiencia. Tenía montones de ideas cuando regresó al país. Si embargo tenía preocupaciones de hondo calado. Particularmente tenía una terrible confusión con lo relacionado a INTERNET. Le parecía que allí en esa increíble telaraña se encontraban agazapados grandes peligros, pero no estaba en capacidad de develarlos. La RED acababa de llegar a Colombia y a la Universidad. Todos se encontraban emocionados con las inmensas posibilidades que ofrecía. El coordinador de la reforma creía que en buena parte esta se debería sustentar en el uso de INTERNET. A los pocos días de su llegada supo que se gestaba una reforma académica en la FIT. Estaba dispuesto a escuchar a los demás colegas en ingeniería, quería saber que tenían que decir al respecto. Se sentía confundido. Le había hecho una promesa a Carpesit, responder a qué tan imaginativos eran los colombianos en la adopción y en la utilización del INTERNET en relación con los españoles. Esa misma tarde le pondría un e-mail a su maestro, contándole lo de la reforma. Por supuesto que tenía derecho a asistir.

5. Los esfuerzos sistémicos del profesor linares

El profesor Linares asistió a la primera reunión de la reforma de la FIT. Entendía que la Facultad debería sufrir una profunda transformación si se quería poner a tono con las reformas que se

habían aprobado alrededor de la Constitución Nacional, pero más que eso, sentía que el ambiente de trabajo y de estudio en la ingeniería colombiana se había deteriorado de una manera signi-



ficativa en las últimas décadas. Le preocupaba el nivel académico de los estudiantes de ingeniería y el de los ingenieros profesionales con los cuales tenía ocasión de departir en los seminarios sobre administración de proyectos en obras públicas en que intervenía con frecuencia. Conocía que todo el sistema de contratación de obras de ingeniería en Colombia, con sus exigentes estudios sobre viabilidad, factibilidad y proyección económica se había convertido en una gran farsa. En un altísimo porcentaje, que él estimaba en el 95 %, los estudios y los proyectos se asignaban finalmente por razones de clientelismo, de amiguismo, de componendas inmorales e ilegales. Mantenía en su archivo personal, los avisos que con gran despliegue salían en la gran prensa nacional, sometiendo a consideración costosísimas licitaciones. Bien sabía que la decisión final favorecería a una firma asociada al gamonal que más pujara en las juntas directivas en donde se estudiaban las propuestas. Conocía datos precisos sobre la forma de como se habían realizado algunas licitaciones y tenía pruebas que de ponerse en público desencadenarían impredecibles consecuencias. No se atrevería a tanto. Sus épocas de heroísmo habían quedado sepultadas en el pasado. Ahora tenía a su mujer y su hijo a quienes debía proteger.

Muy pocos colegas conocían el pasado político de Arturo Linares. Lo que se sabía de él y era evidente es que se trataba de un hombre ocupado. Un hombre ocupado de veras. Mantenía cuatro sitios de trabajo con secretaria y toda la parafernalia propia de una oficina; eran en orden de importancia: la del comité de planeación de construcciones y de obras civiles del gobierno local situada al norte de la ciudad, la de la oficina de planeación económica en la Universidad, en donde se ocupaba de los problemas de financiación y de endeudamiento, su oficina en la casa, que ocupaba todo el primer piso, en donde despachaba sus proyectos académicos y privados, y para la cual había entrenado primero a su mujer como secretaria, y luego a su hijo en

asuntos de documentación y bases de datos y finalmente su cubículo en la FIT en donde atendía a sus estudiantes. Todo el mundo en la FIT reconocía que trabajaba arduamente. Mantenía una inagotable capacidad de trabajo. Los vigilantes de la Universidad afirmaban que era el único profesor que trabajaba un 24 de Diciembre, por ejemplo, hasta el amanecer. Era difícil seguirle en una sesión de trabajo: hasta que no terminara el documento o el asunto entre manos, bien pudieran ser las tres de la mañana, no abandonaba. Cumplía en todo lo que se comprometía. Era un caso único en la FIT, en donde sus colegas eran más bien célebres por lo contrario, o sea por su por su incumplimiento. Después de muchos conflictos los estudiantes aprendieron que deberían entregar a tiempo sus proyectos y tareas y que esa exigencia no era negociable. Sus colegas también sufrieron sus crisis de malhumor cuando no estuvieron a la altura en materia de entrega a tiempo de los trabajos, vale decir, casi siempre. Esto explica la tendencia de Linares de armar grupos de trabajo con técnicos e ingenieros que no trabajaran en la Universidad. Difícilmente se le veía ocioso o en charlas de corrillo con sus colegas o alumnos. Se sabía que en las pocas ocasiones en que intervenía en una conversación informal mantenía una charla constructiva. Nada de chismes, o de chistes de doble sentido, a lo que eran tan propensos sus colegas de la FIT. Una consecuencia inevitable de esta manera de proceder era la pérdida progresiva del sentido del humor. Esta situación puede colocar a un docente en graves aprietos en los variados accidentes que aparecen en un curso. Algo así sucedió cuando en alguna ocasión escuchó del fondo del salón de clases procedente de una voz anónima: 'relojito'. Sabía que era para él. Tanto su mujer y su hijo le habían recalcado, por supuesto que amablemente, el que había convertido su mirada al reloj en un 'tic' nervioso. Ahora se lo dijeron en un tono de burla a lo que respondió con un típico sentido de falta de humor: prescindir del reloj digital y afinar el reloj biológico, el cual llegó a manejar con tal maestría que sus colegas



sabían del paso de las medias horas por el movimiento que hacía en su asiento.

Vivió durante su infancia en Riobamba, Ecuador, en donde su padre, un campesino santandereano se había establecido, huyéndole a la violencia de los años cincuenta en la región de Zapatoca. Estudió ingeniería en la Universidad Central de Quito. Más que un estudiante aplicado en ingeniería, lo que destacaba a Linares era su apego a la lucha revolucionaria. Después de oír una y mil veces a sus padres sobre la inútil violencia colombiana y entender la pobreza y el atroz marginamiento de las comunidades indígenas de los Andes ecuatorianos, los discursos de Mao y de Lenin retumbaron en su alma y en la de muchos de sus compañeros de la Universidad Central, como única posibilidad salvadora, a la cual habría que aferrarse para establecer al nuevo Ecuador. Fue expulsado de la Universidad Central de Quito, y admitido en el Politécnico de Guayaquil tres años después. No se supo a ciencia cierta, que hizo durante esos tres años. Existen versiones más o menos fidedignas de que realizó prácticas militares en la guerrilla peruana y que participó en el fallido intento de establecer un frente guerrillero en las escarpadas y difíciles montañas de Sangay, en las cuales se presentó un sangriento levantamiento indígena a finales de 1972. Todos los que participaron en cualquier levantamiento, insurrección, o aún en modestos reclamos cívicos conocieron de la brutalidad con la cual reaccionaba el ejército ecuatoriano. Todo parece confirmar que Arturo Linares estuvo un año detenido en una cárcel de la provincia de Riobamba bajo el cargo de insurrección armada. Es posible que en su salida hubiese existido una negociación de la cual no estuviese particularmente orgulloso. Los pocos colegas que fueron alguna vez invitados a su casa, siempre por razones de trabajo, observaron una fotografía que describe un ambiente montañoso en la cual aparece, inconfundible, Arturo Linares empuñando un rifle, en medio de un grupo de campesinos, todos armados. Si esto no fuera un indicio suficiente, había que confirmarlo en su biblioteca:

entre los textos gruesos de la John Wiley y de la Prentice Hall de administración y de sistemas, se encontraraban los libros vetustos, manchados, pequeños manuales revolucionarios de Mao y Lenin subrayados con múltiples notas al margen; eran los libros que cargaba en el morral de guerrillero. Estos maltratados libros y esa foto de los cuales Linares nunca daba explicación alguna, constituían una prueba de que Linares había pertenecido a un movimiento guerrillero en el pasado, pero su mutismo al respecto daba cuenta también de su profunda decepción acerca de la revolución armada.

Una vez que Linares se ha instalado en la Escuela Politécnica de Guayaquil es relativamente fácil seguirle la pista. Se convirtió en un estudiante destacado en ingeniería civil. Participó primero como estudiante y luego como ingeniero proyectista en la rectificación y mejoramiento de la cuenca alta del río Guayas. Aprendió de los ingenieros franceses e italianos que tenían a su cargo la administración del proyecto a cumplir estrictamente con los compromisos establecidos. En largas conversaciones con el ingeniero Julio Pertini, uno de los directores del proyecto, se dio cuenta, primero a través de grandes contradicciones, que se fueron debilitando, una vez que tuvo a su cargo importantes actividades, de la dificultad de concebir la ingeniería de obras relativamente grandes a la manera marxista. O no entendía bien el marxismo o era incapaz de desbaratar los argumentos de Pertini. Este ingeniero italiano, que algunos años después sería uno de los fundadores de un programa exitoso de ingeniería militar en Quito, le explicaba con detalle la exigencia de una organización militar para desarrollar un proyecto de envergadura en ingeniería civil. Con los obreros y técnicos no hay problema; se contratan a la medida. El espíritu militar se ejerce, 'se debe ejercer con la mayor eficiencia con la población civil' en sus propias palabras que Linares nunca quiso hacer suyas. Si se pretende hacer grandes obras de ingeniería hay que afinar el espíritu re-



presivo. Es apenas una consecuencia de la modernización de un país; si se quiere tener agua potable, electricidad, buenas vías; todos deben someterse a las buenas o a las malas a los objetivos del proyecto. Una vez que se toma una decisión ya no hay regreso posible. Déjese en manos de los politiqueros latinoamericanos los grandes proyectos de ingeniería y verá en lo que resultan. De todos los líderes revolucionarios, Pertini admiraba a Lenin y este sentimiento lo tenía a causa de que Lenin admiraba a Taylor, el fundador de la Administración Científica. Lenin era un hombre inteligente y conocía de sobra que para sacar a su inmenso país del atraso era preciso sofisticar los métodos represivos y Lenin sabía harto de eso.

Con el cambio de gobierno ocurrido en 1976, el proyecto de rectificación del río Guayas se vino abajo, contradiciendo las advertencias de Pertini. Linares fue despedido, pero, ya había adquirido una de las cargas de la vida moderna: 'el tiempo es oro'; así que sin mayores preámbulos le propuso a su pequeña familia (su madre y su hermana) el traslado a Cali, puesto que había oído buenas referencias del programa de postgrado en Administración Industrial de la Universidad del Valle. Consideró que con los ahorros alcanzados podría dedicarse de tiempo completo durante dos años al estudio de la administración en serio. Había quedado tocado por el fracaso del proyecto francés-italiano y por los comentarios extremos de Pertini; pensaba que la ejecución de proyectos públicos merecía una larga reflexión de su parte. El pre-programa, como se le llamaba al ciclo de

iniciación, se convirtió en una excelente oportunidad de socialización. Los cursos iniciales, excepto el métodos cuantitativos, muy fácil para él - desde la primera sesión se convirtió en el monitor del curso de matemáticas, lo cual ya le aseguró un modesto ingreso - le proporcionaron un buen espacio para la lectura y la discusión. Allí conoció a dos profesores que le propusieron maneras diferentes de ver la administración, ambas expuestas con fuerza, y en ocasiones diametralmente opuestas. La voz de la administración humanística, por llamarla de esa manera, le correspondía al profesor Ezequiel Sevillano, y la línea instrumental y cuasi-científica como la llamaban sus detractores, la voz americana, la portaba el profesor Leonidas Betancur. No faltaban las rencillas y las puyas de unos y otros. Linares, más orientado por la ingeniería que por las humanidades optó por la 'teoría de sistemas' y pronto estuvo al tanto de argumentos, esquemas y jergas que utilizaban los analistas de sistemas.

No se sabe en que momento una teoría o una metodología se instala en la cabeza de un individuo.

Los educadores no se han puesto de acuerdo si el trance ocurre como una experiencia espiritual o como una experiencia estética.

No se sabe en que momento una teoría o una metodología se instala en la cabeza de un individuo. Los educadores no se han puesto de acuerdo si el trance ocurre como una experiencia espiritual o como una experiencia estética, lo cierto es que la teoría general de sistemas le llegó a Linares como una especie de revelación con un alto contenido religioso. Una evolución curiosa en un individuo con hondas

preocupaciones políticas, pero, tal vez no tan curiosa en un revolucionario intransigente. Lo cierto es que por lo menos en su iniciación la T. G. S. contó con un vociferante y presumido sacerdote mayor: el biólogo alemán Ludwig Von Bertalanffy quién reclamaba su descubrimiento con una fra-



se insospechada en un científico serio:

La teoría general de sistemas, es como se recalcó, un modelo de ciertos aspectos de la realidad. Pero también es una manera de ver cosas que habían pasado desapercibidas o se habían soslayado, y en ese sentido es una máxima metodológica. Y como toda teoría científica de gran abarcadura, está relacionada con, e intenta dar una respuesta, a problemas perennes de la filosofía.

Debió haber ocurrido algo mucho más complejo de lo que aquí se sugiere, por ejemplo que el profesor Linares se casó en esa época, y requería simplificar su vida, o que allí en el ambiente capitalista y ligero de la Facultad de Administración hubiese sido contagiado por el virus del dinero, y requería un instrumento que le ocasionase rápidas ganancias marginales, o lo que sea; lo cierto es que después de un año el profesor Linares, ya estaba trabajando en el flamante departamento de Sistemas de la FIT, y era el sucesor evidente del profesor Leonidas Betancur en el sentido de aplicar las técnicas de sistemas para la solución de problemas; de cualquier tipo de problemas. Era un convencido de que por medio del análisis de sistemas era posible abordar el problema de selección de una esposa (un ejemplo que le encantaba a sus estudiantes), la selección de una profesión, la localización y el tamaño de una represa, la organización de una biblioteca, el conflicto marino colombo-venezolano. Todos los proyectos en que él intervino durante años, reposaban argollados, a lo largo de un anaquel que empezaba en el comedor y le daba la vuelta al primer piso, debidamente documentados en una base de datos que su hijo manejaba con esmero y afecto.

A pesar de la amplia cobertura y de la diversa naturaleza de temas que abordó durante su carrera, a Linares no se le podría señalar, en eso

estaban de acuerdo sus colegas, de ser un hombre superficial. Tenía dos virtudes que saltaban a la vista. la primera: una notable capacidad de síntesis; en una sesión de trabajo, cargaba con la primera y la última intervención; en la primera planteaba el problema y en la última hacía un resumen de la reunión. Esta estrategia que, según él, la obtuvo del análisis de 'input-output' de Leontief, le funcionaba bastante bien. Aquí viene a cuento su segunda virtud: se trata de un expositor eficiente. Aún se recuerda una intervención suya ante un concejo municipal acerca de un problema de localización de una plaza de mercado, en el cual se confrontaban intereses de la alcaldía y de la comunidad que se encontraba presente y combativa en esa sesión. En primer lugar hizo una formulación tan sensata del conflicto, que las barras tuvieron que callar. Su intervención final sirvió para que las autoridades locales y la comunidad observaran el problema desde otras perspectivas. Se ganó el aprecio de un líder comunitario quién le propuso para concejal en las próximas elecciones y el desafecto del alcalde quién le finiquitó unilateralmente su contrato de asesoría.

Su peculiar manera de ver la docencia y el trabajo en general era tema de conversación entre los colegas de Linares. Muchos de ellos habían estudiado la teoría de sistemas, algunos habían elaborado varios proyectos utilizando metodologías derivadas de allí, pero ni los estudiantes ni los profesores tenían el éxito que había alcanzado Linares en la administración pública y en la universidad. No era por sus documentos escritos los cuales eran sumamente esquemáticos, como que contaban todos con los siguientes acápites: Resumen, Introducción, Antecedentes, Formulación del problema, Objetivos generales, Objetivos específicos, Metodología, Cálculos e indicadores, Conclusiones, Bibliografía. Eran algo aburridos los informes del prof. Linares y mucho más aburridos los de sus estudiantes a quienes se les exigía la misma presentación. Se decía que podría tener



el 'record Guinness' en el número de objetivos específicos presentados; podrían pasar de cinco mil. No, definitivamente no era la escritura lo que habría que resaltar en el trabajo de Linares. Un colega propuso en una ocasión que el éxito de Linares no estribaba en el uso ortodoxo de la teoría de sistemas, ni de cualquier otra metodología; el éxito de Linares, se podía presumir, se encontraba en su formación política. La teoría de sistemas no abre la mente de los individuos, no es una teoría inspiradora, en cambio la política sí lo es. El colega de Linares anotaba además que la política no es enseñable - ! terror ! llenar la FIT de abogados -, se puede hacer una reflexión acerca de la política en la Universidad, pero para practicar la política y aprender de ella hay que salir de la Universidad y Linares

era tal vez el único profesor de la FIT que había tenido esa oportunidad en la vida. Los otros profesores que hicieron política salieron hace muchos años de la Universidad a desempeñar cargos importantes en el sector público y privado y de esta manera la FIT se fue llenando de ingenieros rasos.

Sea lo que fuere la participación de Linares en el comité de la reforma era una consecuencia de su disciplina y de su iniciativa. Todo esto lo había previsto el coordinador de la reforma. Eso sí, no estaba dispuesto a que redactara el documento final.

6. VISITANTES ESPERADOS E INESPERADOS

Una de las primeras decisiones que tomó el comité de la reforma de la FIT consistió en realizar una invitación abierta a todas aquellas personas que quisieran intervenir con sus aportes o críticas. El comité estaba dispuesto a escuchar o a leer y comentar cualquier intervención que tuviera a bien realizar un miembro de la comunidad académica.

Dentro del grupo de visitantes al comité de la reforma de la FIT, se destacan las siguientes intervenciones:

Un extraño profesor :

- Concurrió a la sesión en la cual se discutió el informe presentado por el prof. Ruiz Martínez. Parecía temblar de la furia ante la propuesta presentada. Tenía arrugado el documento y tachonado con un marcador rojo de manera tan intensa que se apreciaba la furia con que fue analizado, aun desde el extremo opuesto de la mesa de

reuniones. Habló sin parar durante unos cinco minutos con tal angustia que convirtió su discurso en una especie de exorcismo. Algún vecino creyó percibir un tufillo alcohólico según comentó después de la reunión. El coordinador minimizó el efecto de su presentación al clasificarla como sesgada, pendenciera y con una clara intención de agredir al proponente.

La visita del filósofo:

- Un día asistió el filósofo de la FIT. Tomó asiento en un lugar apartado de la mesa de reuniones. El grupo miró con inquietud al recién llegado. Conocían su ánimo polémico y su destreza retórica. El coordinador tuvo un trato deferencial con él y le dio de inmediato la bienvenida al grupo. Como si le hablara a las paredes. Mantuvo durante toda la reunión la mirada fija en el centro de la mesa, a pesar de que muchos de los que intervinieron en esa ocasión lo hicieron dirigiéndose a él. En particular Chacón parecía encontrarse muy a



gusto con el visitante, pero fue precisamente a él a quién dejó con el uso de la palabra cuando se retiró abruptamente de la reunión.

Un estudiante asentado:

- Un día visitó al comité un estudiante representante del plan de estudios de ingeniería química. No parecía un estudiante de lo formal y sensato que se mostró. Hizo una crítica ponderada y bien medida acerca del trabajo del comité. Recordó la frase de un antiguo decano que había demostrado que el tamaño óptimo de un comité era de 0.854 personas. Sugirió que se abordara el problema de la formación en ingeniería con un enfoque gerencial, aunque de todas maneras dejó claro que cualesquiera fueran las sugerencias y determinaciones del comité, estas no afectarían a un programa que como el de ingeniería química se había reformado y actualizado como ninguno en el país y que según conceptos de la Asociación de Ingenieros Químicos era uno de los más modernos en Latinoamérica. Hasta al coordinador, amigo como pocos de los enfoques gerenciales, la intervención del estudiante le produjo inquietud por su conformismo y simplicidad.

La visita de los funcionarios de colcha

Aplazaron tres veces el desplazamiento desde la capital. En el último aplazamiento advirtieron que podrían venir sólo si la FIT se hacía cargo de los viáticos, de los pasajes, hotel y de los transportes del aeropuerto a la ciudad y viceversa. Esta última exigencia fastidiaba a Chacón, quién comentaba, con una ingenuidad que hacía sonreír a Ruiz Martínez, que a él nunca, nadie, le había recibido en un aeropuerto y que no se había imaginado que una cuestión tan personal se pusiera como restricción para discurrir durante un par de horas sobre ciencia y tecnología. Pero después de superar estos escollos llegó el día de la interven-

ción de COLCHA. Harían dos presentaciones: una general, para todo el público interesado, en uno de los auditorios de la FIT; y luego intervenirían ante el comité. La tarde y la noche la tenían comprometida en la gobernación y asistirían a una audiencia en la FIS, una audaz institución financiera, que en los últimos meses había previsto intervenir el mercado de ciencia y tecnología en el país.

Si un evento se mide por la asistencia, por la gente que no encuentra puesto, habría que concluir que éste fue un éxito, si se mide por la forma como responde el público ante la intervención de los conferencistas, lo menos que se puede decir es que resultó desalentador. El público estaba ansioso cuando llegaron los dos funcionarios con saco y corbata y cuando uno de ellos con un esfuerzo evidente coloca el pesado maletín en la mesa principal se oyó como una especie de aclamación ahogada entre el público, tal era la ansiedad que la visita de COLCHA había despertado. Ellos mismos la habían promovido. Habían escrito sendos documentos sobre la necesidad de presentar proyectos ambiciosos en ciencia y tecnología y le habían calentado el oído a amplios grupos académicos sobre los cuantiosos recursos disponibles para el efecto. La FIT se había propuesto presentar proyectos y la verdad fue que lo hizo: se presentaron más de cien. Una verdadera avalancha; nadie se había dado cuenta de que existían tantas ideas y proyectos dentro de la FIT. El funcionario tenía como propósito enfriar los ánimos. Era imposible apoyar tantos proyectos aislados y puntuales. La organización moderna en investigación científica exige la conformación de redes de investigadores y de pares en todo el mundo. En el momento más crítico de su intervención, el público que fue a informarse sobre sus proyectos resultó culpable por acción y omisión. El conferencista planteó una forma de inquisición en busca de la modernidad:

- ¿Dónde están sus pares ?.



Una onda de culpabilidad recorrió el auditorio. El conferencista entendió que había llegado el momento de emplearse a fondo. Había participado en el pasado en las luchas revolucionarias y sabía como y cuando atacar.

- Oígame bien, En el registro internacional de cientometría, no aparece sino uno sólo de los proponentes de esta Facultad. Sólo existe una mención en el registro cientométrico internacional quienes tienen una base de datos inteligente de cerca de 3 millones de registros. Como cuestión anecdótica les cuento que nuestra asistente, una competente ingeniera de sistemas, grito de la alegría cuando encontró la mención, desde la terminal del instituto. Su grito se oyó por todo el sexto piso de nuestro edificio en Bogotá.

Una vez que creyó que los ánimos se habían enfriado, empezó a dar consejos. Se refirió a los mejores pares posibles: los científicos e ingenieros colombianos que trabajaban en Europa y los Estados Unidos.

- Es increíble la capacidad de nuestras gentes. En un pesado viaje por Europa, por los lares de los tigres asiáticos, y por los Estados Unidos identificamos decenas de científicos colombianos totalmente integrados a la red internacional de ciencia y de tecnología. El instituto tiene el registro de ellos en un disquete que entregamos a solicitud gratuitamente.

Abrió por fin el maletín, extrajo de allí una caja de disquetes, y entregó uno de ellos al decano, quien lo recibió nerviosamente, cómo sin saber que podría hacer con él:

- No se preocupe, decano, es de dominio público, se puede copiar

Buena parte de su conferencia la dedicó entonces a exaltar las virtudes de los pares colombianos en el exterior. Hizo énfasis en tres disciplinas: la biotecnología, la hidrodinámica y las ma-

temáticas. Cuando mencionó la hidrodinámica y los aportes de dos colombianos en la NASA, algunos asistentes voltearon a mirar a Chacón, mirada que él interpretó según se supo después:

- Como habéis perdido el tiempo !

La última parte de su intervención la dedicó a tratar el problema de las publicaciones. Se habían presentado más de diez proyectos centrados en esta finalidad (revista, memorias de congresos, tesis, informes de investigación, etc.). Fue determinante: Se había decidido no apoyar proyectos que tuviesen como única finalidad una publicación. Resaltó la falta de crítica en las publicaciones colombianas en ingeniería. Se publicaba de todo sin criterio y sin evaluación. No existía la red de críticos que garantizaran publicaciones serias y resultados originales. Si los profesores e investigadores en ingeniería querían publicar que lo hicieran en el exterior en revistas registradas por la red cientométrica internacional. Que enviaran sus artículos en primera instancia a sus pares colombianos en el exterior y que se sometieran a una crítica mucho más exigente. Para facilitar los trámites anunció que en el disquete había un segundo archivo en el cual se encontraban las direcciones de los editores de 358 revistas internacionales en ingeniería y campos afines que estaban debidamente registradas en el sistema cientométrico internacional.

- El archivo se encuentra en EXCEL 6.22. Es muy fácil de manejar, espero que Ustedes no tengan problemas. Mi hijo menor lo aprendió en media hora.

Terminó su intervención con una exaltación a las políticas de internacionalización de la economía y de paso a la gestión del equipo económico del gobierno. Finalizó con esta frase que Porras convirtió después en slogan, al colocarlo en la entrada del laboratorio de informática:



**LA INTERNACIONALIZACIÓN DE LA ECONOMÍA COLOMBIANA MOSTRARÁ
AL MUNDO NUESTRO INGENIO Y NUESTRO ESFUERZO Y LA
INTERNACIONALIZACIÓN DE LA CIENCIA Y LA CULTURA MOSTRARÁ
NUESTRA CONCIENCIA Y NUESTRA ALMA**

Sobra decir que los flamantes burócratas no tuvieron tiempo esa mañana para atender al comité de la reforma y que la invitación que ellos mismos hicieron para un almuerzo de trabajo quedó descartada por sugerencia de Chacón quién no soportaba la prepotencia de los visitantes. El director de la delegación se dio cuenta del ánimo pugnaz de Chacón y se expresó en duros términos con el coordinador:

- No se preocupe. Esas son cuestiones de subdesarrollo mental.

La visita de una profesora autoritaria

Un día visitó al comité de la reforma una profesora aún joven y bonita. El comité se encontraba en ese momento enfrascado en una pesada discusión, por lo que la llegada de la profesora se convirtió en una oportunidad de solaz y de recreo. Por poco tiempo. La profesora traía una carga de desafecto con los miembros del comité. En primer lugar mostró su sorpresa por el simple hecho de que no se hubiese extendido invitación personalizada a nadie del grupo relativamente numeroso de profesoras de la FIT. Una afirmación como esa da lugar a una serie de bromas, aún en el comité más serio de la tierra, como podría ser el comité del Vaticano. Ante una impertinente salida de Chacón acerca de un «comité de mujeres oprimidas de la FIT», la ilustre visitante montó en cólera y lo primero que se le ocurrió fue lanzarle un denuesto a Chacón por su detestable hábito de fumar:

- Profesor, no sabía Ud. que existe una disposi-

ción del Gobierno Nacional por medio de la cual se prohíbe terminantemente fumar en lugares públicos.

Fue una mala introducción para la presentación de la profesora, quién, como se supo después, tenía una serie importante de sugerencias acerca de la reforma de la FIT. Claro que muchos de ellos estaban enmarcados bien en nuevas disposiciones reglamentarias o bien en la revisión de los estatutos y reglamentos de la FIT. La profesora había elaborado un nuevo organigrama de la FIT que sería motivo de una acalorada discusión en el seno del comité. Ella quería sinceramente, a su manera autoritaria de ver las cosas, aportar su granito de arena para meter en cintura a esa generación tan indisciplinada de profesores y estudiantes que le había tocado en suerte soportar. Pero ya no estaba en disposición de discutirlo, enviaría su estudio por escrito. Más tarde se quejaría ante el decano de la actitud del comité:

- Tengo mis dudas acerca de su trabajo. Verá que salen con nada. Ha pasado ya más de un mes de trabajo y no han elaborado la primera acta. Parece que estuvieran discutiendo de metafísica.

Continuará.